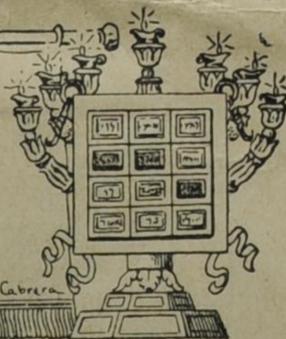




# MUNDO SEFARDÍ



## Una familia sefardí en el siglo XVI.

### I

No todos los individuos de raza hebrea salieron de España a consecuencias del edicto de los Reyes Católicos (31 de marzo de 1492). Unos 50.000, según lo que generalmente se admite, no pudieron determinarse a dejar su amado país e hicieron a la Patria el sacrificio supremo de una aparente abjuración. Ya, desde las sangrientas persecuciones de Vicente Ferrer en el año 1391, el número de conversos había crecido desmesuradamente y ascendía, antes del edicto de expulsión, a más de 100.000; de manera que, al cerrarse el siglo XV, contaba España con más de 150.000 conversos, destinados a alimentar las hogueras de la Inquisición, víctimas del odio de sus ignorantes, envidiosos y fanáticos compatriotas. Exceptuando una ínfima minoría, todos seguían practicando secretamente la religión hebrea, y las prácticas exteriores del cristianismo, lejos de atraerles la reprobación de sus antiguos hermanos, los hacían aún más dignos de compasión. En muchas sinagogas de otros países se recitaban los sábados oraciones especiales a intención de los *anusim* (cristianos por fuerza) y se les aplicaban los términos de una carta escrita en 1160 por el sabio Rabbí Maimón, y de otra de su hijo, el ilustre Maimónides (*Igueret ha semad*), en las cuales se prueba, con perentorios argumentos, que los que por fuerza tienen que practicar formas exteriores de otro culto, deben ser considerados como los demás hebreos que nunca se separaron del judaísmo.

Los primeros conversos que tuvieron clara previsión de lo que debía suceder en España, pasaron a Portugal desde principios del siglo XV y allí vivieron cerca de un siglo, en perfecta tranquilidad; dándose por cristianos, pero en realidad hebreos, circuncidando a sus hijos, observando los sábados y las fiestas, alimentándose según sus ritos, casándose entre sí, etc., etc. Gracias a su conducta irreprochable, a su inteligencia, a su habilidad, a las dotes heredadas de sus antepasados, bien sea como médicos o boticarios, bien sea como comerciantes, banqueros o

recaudadores de rentas, no tardaron en adquirir prestigios, riquezas y honores.

Una de las familias de conversos, de las más prestigiosas y acaudaladas, era la numerosísima familia de los Méndez. Se dividía en muchos ramos y agregaba a su nombre el de las familias aliadas; así encontramos los Méndez-Nasí, Méndez-Pereira, Méndez-de Sola, Méndez-da Costa, Méndez-da Fonseca. Sus descendientes están repartidos en casi todos los países de Europa y América, pero su origen radica en España y Portugal.

En Lisboa, los Méndez Nasí tenían la preeminencia por su situación social y sus inmensas riquezas, con una importantísima casa de banca, cuyas filiales de Francia y de Flandes dominaban los más importantes negocios. Al principio de reinar Don Juan III, en el año 1521, era jefe de la Casa de Lisboa Francisco Méndez-Nasí, hombre de esclarecido ingenio, de generosidad inagotable, de porte majestuoso y simpático, que imponía respeto hasta a los más encarnizados enemigos de su raza. Los Reyes Don Juan II, Don Manuel, y el mismo Don Juan III, cuya enemiga para con los conversos era proverbial, le prodigaban demostraciones de afecto. Su modestia era ejemplar: preguntándole un día el Rey por lo que consideraba como riqueza propia, contestó: «Las limosnas que hago». Su primer matrimonio había sido infeliz: su esposa falleció sin dejarle descendencia que heredara su inmensa fortuna, y ya en edad madura se casó por segunda vez, con una joven de diecisiete años, Han-ná, o sea Gracia Benveniste. Era ésta hija de D. Abraham Benveniste, nieto del muy renombrado D. Abraham Benveniste, amigo y compañero de D. Alvaro de Luna, y autor de la *Tecaná* u «Ordenamiento» de las Comunidades hebreas de Castilla en días de Don Juan II. Su nieto, don Abraham, el padre de doña Gracia, se había convertido en apariencia y era uno de los que acompañaron al venerable D. Isaac Aboab, estableciéndose en Oporto al salir de España en 1492. Ya muy rico, aumentó más aún su

fortuna, asociándose con los Méndez-Nasí para fundar las casas bancarias de Francia y de Flandes. Su hija doña Gracia, nacida en el año 1510, recibió una educación esmeradísima, y se casó en 1527, a los diecisiete años, con don Francisco Méndez-Nasí.

La condición de los conversos portugueses se había hecho, bajo el cetro de Don Manuel y de su hijo Don Juan, peor, si se puede, que la de los de España; el populacho, fanatizado por los frailes predicadores, se cebaba en su sangre; el menor incidente era pretexto de matanzas, saqueos e incendios. Lo que con más empeño persiguió Don Juan III fué el establecimiento de la Inquisición en Portugal, al modelo de España, y, para conseguirlo, trabajó veinte años. El pueblo anhelaba presenciar los autos de fe del Santo Oficio, saciarse del espectáculo de las hogueras, saborear el estridor de carnes quemadas. Los Soberanos Pontífices de Roma, León X, Clemente VII y Paulo III, enterados de los horrores que se cometían en España, resistíanse a conceder a Don Juan las bulas solicitadas. Los conversos, por su parte, conociendo la suerte que les esperaba si Don Juan lograba su intento, no eximieron medio alguno de contrarrestarle. Don Francisco Méndez, sus hermanos, socios y amigos emplearon inmensas cantidades para granjearse en Roma el favor de algunos cardenales que abogaran por ellos; enviaban a la Corte pontificia muchos emisarios, encargados de allanar las dificultades, a fuerza de dinero, y, entre otros, al célebre Duarte de Paz, quien enviado a Roma por el mismo Don Juan, con objeto de obtener las bulas, empleó todas sus habilidades, que eran grandes, en favor de los conversos sus hermanos.

Hubo un momento, sin embargo, en que Don Juan dió tregua a sus persecuciones, y fué cuando apareció en la escena de la historia un enigmático personaje, David Reubení.

\* \* \*

Era David Reubení de pequeñísima estatura, casi enano; tan moreno que parecía negro, y vestía traje oriental, entre turco y chino. Hablaba un árabe muy puro, y nadie supo nunca nada de su origen y de su vida más que lo que a él le gustó contar. Aparece por primera vez en el alto Egipto en el año 1522, contando a los hebreos de allí

